

Palos

La llegada al pueblo en el verano siempre era la misma. Mientras se producía el trasiego de enseres y bicicletas, su abuelo le hacía un gesto en dirección a la cocina. Allí, ambos se sentaban en la trébede y su abuelo le entregaba unos pequeños palos de danzante que había elaborado él mismo en primavera. Le explicaba que estaban hechos de madera de encina seca y que debían medir cinco puños. El niño cogía los palos y comprobaba con sus pequeñas manos la precisión de la medida. Los entrechocaba torpemente y, finalmente, salía corriendo con los amigos del verano, que habían aparecido en la puerta, alborotadores e impacientes, al saber de su llegada.

Su abuelo recogía los palos y los dejaba en un rincón de la habitación, olvidados por el niño para el resto del verano. El último día y en el momento de la despedida, mientras le abrazaba, devolvía los palos a su abuelo y le prometía que, al verano siguiente, seguro, aprendería a danzar.

Aquel nuevo mes de julio, todo era distinto. A diferencia de los años anteriores, había tenido que volver al pueblo en invierno, con sus padres. Un viento cierzo le hizo estar aterido durante toda la misa de difuntos y el posterior trayecto al cementerio.

Cuando entro en su habitación, allí, en el rincón de siempre estaban los nuevos palos, perfectamente ajustados a la medida de los cinco puños de sus manos. Palos que su abuelo, un año más y por última vez, había elaborado en el otoño, a partir de una rama de encina seca, antes de la enfermedad y del adiós.

Y fue justo ese verano, junto al resto de sus amigos, como nuevos eslabones de una cadena centenaria, cuando el niño aprendió a danzar.

Capitán Nemo